

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 14 DE MAYO



SEMAMARIO DE CULTURA HISPANICA

El gobierno como sistema impulsor, renovador, educador

A la verdad, he tenido siempre una absoluta desconfianza en las promesas *liberales* respecto a la libertad de conciencia. Por si no bastara la deplorable tradición de nuestras llamadas izquierdas dinásticas, queda el recuerdo de unas palabras de D. Melquiades Alvarez en el Congreso, afirmando que jamás suscitaría problemas que la realidad nacional no le presentara. Esta es, precisamente, la fórmula de toda actuación conservadora: atenerse a la realidad nacional, aunque esa realidad sea la degradación y el embrutecimiento. Y hablo ahora de los verdaderos conservadores; porque los nuestros no se han limitado a esa pasividad, sino que han querido retroceder hacia las fórmulas del despotismo, aumentando el embrutecimiento popular porque favorece el letargo pacífico; y hasta han recurrido a la violación de sus propias leyes y al crimen gubernativo cuando así ha convenido a sus intereses de clase.

Pero la fórmula contraria a la que públicamente respondió el jefe del reformismo es la que corresponde exactamente a todo sistema impulsor, educador y renovador. El político verdaderamente grande suscita problemas, porque infunde en el pueblo nuevos deseos, a medida que enriquece su alma colectiva. ¿En qué consiste el progreso sino en esta continua renovación de la sed espiritual de un país? A mayor atraso popular menor intensidad y menor cantidad de aspiraciones. A pueblo dormido, ausencia de vibraciones anímicas. Una multitud bestial o gregaria tendrá, naturalmente, menos necesidades que un pueblo elevado a ciudadanía y conciencia de soberano, y será, por ello, más fácil de gobernar. La inquietud, la dinamía popular, la ingénita rebeldía ante las impurezas vitales, son el acicate de la acción del buen político, y colaboran en su obra destinada a eternidad. ¿Qué será el ideal si no es el sentido de la infinita mejoría, y, por tanto, de la

imposible satisfacción? El buen político debe estimular ese apetito salvador, que es el signo de la vitalidad social; debe mirar sus funciones de gobernante como un magisterio de superación continua que descubra nuevos rumbos de perfectibilidad y

comunique nuevos ímpetus para alcanzarlos.

Uno de los signos más claros de nuestra decadencia consiste en imaginar como tipo de buen gobernante al que con más habilidad suprime los problemas en vez de resolverlos; al que mejor acalla, por la fuerza o por el rebajamiento, las ansias nacientes del pueblo, y reduce a función instintiva los gérmenes de racionalidad popular.

GABRIEL ALOMAR

(España. Madrid).

Renán en la política

CON motivo del primer centenario del nacimiento de Ernesto Renán los más de la turbamulta que se han creído obligados a decir algo del gran escéptico sin haberle estudiado lo bastante se han atenido a su tipo legendario, al Renán estereotipado para uso de creyentes y de incrédulos. Y también se ha dicho alguna cosa de su relación a la política de su patria y de no haber podido obtener una representación parlamentaria.

Que Renán sentía la política es innegable; era, al fin, un historiador de historia viva y no un mero arqueólogo. Basta leer su «Historia del pueblo de Israel» para comprender que Renán sentía la política en el Tercer Imperio Napoleónico y después de él. Y actuó en ella. ¡Vaya si actuó! Con sus libros.

En la *Revue des Deux Mondes* del 15 de setiembre de 1870 publicó un artículo sobre la guerra entre Francia y Alemania en que decía: «Una de las

cuestiones que un espíritu curioso se pone lo más a menudo al reflexionar sobre la historia contemporánea es la de saber si Bismarck es filósofo, si ve la vanidad de lo que hace sin dejar de trabajar con ardor o bien si es un creyente en política, si se deja engañar por su obra (*s'il est dupe de son oeuvre*) como todos los espíritus absolutos y no ve su caducidad. Me inclino a la primera hipótesis, pues me parece difícil que un espíritu tan completo no sea crítico y no mida, en su acción la más ardiente, los límites y el lado débil de sus propósitos».

Estas palabras definen la posición del gran escéptico respecto a la política. Por ellas se ve que concebía que se trabaje en ésta con ardor, y nos atrevemos a añadir que con fe, pero con fe de crítico, o sea de escéptico. Es decir, honradamente. Porque todo lo demás es fanatismo.

Un año después, en 15 de setiembre de 1871 dirigía Renán una carta a David Federico Strauss—el de la otra «Vida de Jesús»—en que le decía estas tremendas palabras: «Este Universo es un espectáculo que un dios se da a sí mismo. Sirvamos las intenciones del gran Corego contribuyendo a hacer el espectáculo tan brillante y tan variado como nos sea posible».

¿Es que el autor de esta frase, de que harán como que se escandalizan los pedantes de la acción y los hipócritas de ella, no sentía profundamen-

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.